

EL PRIMER PESAR

(De Lamartine)

En la playa sonora
De auras primaverales,
Do las ondas azules del Sorrento
Mueren bajo frondosos naranjales,
Junto al seto, a la vera del camino,
Hay una tosca piedra,
Que mira indiferente el peregrino.

En ella oculta el alelí frondoso
Un nombre que jamás repite el eco.
Sólo a veces, si en busca de reposo
Errante pasajero se detiene,
Al ver el epitafio entre las hojas,
Ante la luz del moribundo día,
Mientras copiosas lágrimas derrama,
— «¡Diez y seis años!», suspirando clama;
«De morir no era tiempo todavía».
Más, ¿a qué recordar esas escenas?
Dejad que gima el viento
Y que murmuren las azules olas.
Yo no quiero llorar en mi aislamiento;
Quiero soñar con mi dolor a solas.

«¡Diez y seis años! ¡Sí, diez y seis años!»
Torna a decir el pasajero. Y nunca
En una frente más encantadora
Esa edad fulguró; ni otras pupilas
Más hermosas el brillo reflejaron
De esas playas ardientes e intranquilas.
Hoy en vano la llamo:
¡Sólo el alma responde a mi reclamo!

Pero la siento en mí, y a verla vuelvo;
 La vuelvo a ver como en felices días,
 De puras e inocentes alegrías,
 Cuando fijos en mí los negros ojos,
 Cual astros en ignota lontananza,
 Me hablaba de su amor entre sonrojos,
 Y yo, de mi pasión y mi esperanza.

Bien me acuerdo: ondulaban sus cabellos
 Del aura al soplo acompasado y blando;
 En torno el viento aromas derramaba;
 Del trasparente velo se pintaba
 La sombra en su mejilla,
 Y distintos se oían los cantares
 Del pescador en la desierta orilla.
 Y de pronto mostrándome la luna,
 Flor de la noche bruna,
 Y las espumas de la mar, me dijo:
 —«¿Por qué llena de luz el alma siento?
 Jamás el firmamento
 Donde la estrella del amor nos mira;
 Jamás esas arenas donde vienen
 Las olas a morir; esas enhiestas
 Montañas cuyas crestas
 Tiemblan entre los cielos, y los bosques
 En torno a la ensenada;
 Las luces de la costa abandonada
 Y del nocturno pescador el canto
 Halagaron cual hoy mi fantasía....
 ¡Nunca infundieron en el alma mía
 Este que siento, celestial encanto!
 ¿No volveré a soñar cual sueño ahora
 En embriagante calma?
 ¿Es que en los cielos asomó la aurora
 O es que una estrella se encendió en mi alma?»

Hijo de la mañana, ¿son las noches
 De tu país tan bellas
 Como esta que a mi lado estás mirando
 Tachonada de fúlgidas estrellas?»
 Luégo la virgen se acercó a la madre
 Que la escuchaba cerca del ribazo,
 Le dió un beso en la frente,
 Y quedóse dormida en su regazo.
 Más, ¿a qué recordar esas escenas?
 Dejad que gima el viento
 Y que murmuren las azules olas.
 Yo no quiero llorar en mi aislamiento;
 ¡Quiero soñar con mi dolor a solas!

¡Cuánto candor en su mirada! ¡Cuánta
 Inocencia en sus labios seductores!
 ¡Quién no hubiera creído en ese instante
 Ver concentrados en su alma virgen
 Del cielo de su patria los fulgores!
 El bello lago de Nemí, que nunca
 Un soplo arruga, es menos trasparente;
 Jamás pudo ocultar sus pensamientos:
 Sus ojos, de su espíritu trasunto,
 Los revelaban sin quererlo al punto.
 Todo jugaba en ella; y la sonrisa,
 Que es con los años contracción de duelo,
 Siempre brillaba en sus carmíneos labios
 Como arco-iris en radiante cielo.
 Ninguna sombra oscureció su rostro;
 Y si libre los campos recorría,
 Cual suelta mariposa,
 Una límpida ola parecía
 Coronada de luz esplendorosa.
 Corría por correr, y su armoniosa
 Y halagadora voz, arpegio tierno

De su alma pura, que era un canto eterno,
Alegraba hasta al aura rumorosa.

Fue la primer imagen
Que se imprimió en su corazón la mía,
Como la luz en los dormidos ojos
Que se abren con el día.
Desde que amó, fue amor el Universo;
Confundió mi existencia,
Mi existencia entre lágrimas y abrojos,
Con su vida de paz y de inocencia;
Palpitó con mi alma, y formé parte
Del mundo que flotaba ante sus ojos,
De todos sus anhelos,
De la efímera dicha de la tierra
Y la eterna esperanza de los cielos.
No pensaba ni en tiempo ni en distancia
Ni existía el pasado en su memoria,
Pues para ella la vida era el presente.
Todo su porvenir fueron las tardes
De aquellos días de celeste gloria.
Entregó a la Natura
Su corazón sin sombra de pecado,
Y a la plegaria pura
Que de su huerto con las blancas flores
Iba a esparcir en el altar amado.
Y de la mano, como niño humilde,
Me conducía al templo de la aldea,
Y de rodillas me decía quedo:
«¡Reza conmigo! ¡Sin tu amor, bien mío,
El cielo mismo comprender no puedo!»

¿No veis el agua azul y trasparente
Al abrigo del aura vagabunda
Y del sol encendido

En el estanque de la clara fuente?
En él un blanco cisne
Náda, de su hermosura haciendo alarde,
Y oculta el cuello en el cristal bruñido
Donde tiembla la estrella de la tarde.
Pero si a nuevas fuentes alza el vuelo,
La clara linfa con el ala azota
Y extinta queda la visión del cielo.
Y con las plumas que dejó deshechas,
Como arrancadas por astuto buitre,
Y con la arena que del fondo brota,
El estanque, antes puro,
Que las estrellas reflejaba en calma,
Queda revuelto al fin, triste y oscuro.
Así, cuando partí, todo en su alma
Lo revolvió el dolor; su luz muriente
Huyóse al cielo a no volver; y cuando
Vió, sola y afligida,
Su más bella ilusión desvanecida,
Se despidió del porvenir, que goces
No le ofrecía en su abandono aciago;
No disputó su vida al sufrimiento,
Alzó la copa del dolor tranquila
Y la apuró de un trago,
En tanto que en su lágrima primera
Ahogaba el corazón; y como el ave
Cuando el sol en los mares se sepulta,
Para dormir oculta
La cabeza en el ala entumecida,
Se envolvió su tristeza abrumadora,
Y se durmió también... pero en la aurora,
En la risueña aurora de su vida.

Mas, ¿a qué recordar esas escenas?
Dejad que gima el viento

Y que murmuren las azules olas,
 Yo no quiero llorar en mi aislamiento,
 ¡Quiero soñar con mi dolor a solas!
 En su lecho de tierra ya ha dormido
 Muchos años, y nadie
 Quizá a llorar a su sepulcro ha ido,
 Y tal vez en la senda
 Que a su postrer asilo conducía,
 Se encontrará extendido
 El segundo sudario de los muertos,
 El implacable olvido.
 Nadie esa piedra ya medio borrada
 Con una flor visita;
 Nadie solloza allá, nadie medita.
 Sólo mi pensamiento en esa tumba
 Ruega contrito, si remonto el vuelo
 De ese bullicio, donde sufre el alma,
 A otra región de amor, de luz y calma,
 Y al corazón demando esas queridas
 Prendas que ya no existen, y columbro
 En las sombras calladas
 Sus luminosas huellas,
 Y lloro tantas fúlgidas estrellas
 En mi nublado cielo ya apagadas.
 La primera ella fue, más el divino
 Y dulce resplandor que en torno vierte
 Aún alumbraba mi lóbrego camino,
 De errante peregrino,
 De errante peregrino hacia la muerte.
 Un espinoso arbusto
 De pálida verdura
 Crece junto a su humilde supultura;
 Por el sol calcinado
 Y por los vientos de la mar batido,

Vive en la roca, sin prestarle sombra,
 Como un pesar en corazón herido.
 El polvo de la ruta
 Blanqueó su follaje, y a la tierra
 Baja a servir de pasto
 A la cabra montés. Como de nieve
 Limpio copo, al nacer la primavera,
 Brota en él una flor; más ¡ay!, en breve,
 Antes de dar al aura lisonjera
 Su aroma regalado,
 La arranca de su tallo el viento airado,
 Cual la vida apagada por la muerte
 Antes que al corazón haya halagado.
 Un ave solitaria el vuelo posa
 Sobre una rama que se dobla, y canta
 Con voz entristecida,
 Cuando cae la tarde silenciosa.
 ¡Oh, dime, flor marchita sobre el lodo,
 Flor que tan pronto marchitó la vida!
 ¿No hay otra vida en que renace-todo?
 Volved a mi memoria,
 Tristes recuerdos de esa triste historia;
 Volved. recuerdos de mi amor primero,
 A traer a mi espíritu la calma.
 Vé, pensamiento, a donde va mi alma....
 ¡Mi corazón reboza, y llorar quiero!

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS

